

BALADA PARA UN LOCO

Agustina Chora

Tengo un papelito en mi bolsillo que me recuerda quién soy cuando pierdo el rumbo.

Un papelito que anoté un día de humedad y aire acondicionado.

Ese papelito me salvó la vida más de una vez. Cuando entraba en los sitios donde la memoria no aconseja y el olvido se encarga de poner una mancha de tinta, en lugar de borrar las marcas sobre la piel. Un papelito que dejé dentro de la chaquetilla que tiré en el bar de José, barcito inexistente para los tiempos actuales. Muy elegante, de empapelado barato, sillas de metal con esos respaldos de goma espuma incómodos para apoyar la espalda.

Tire ahí esa chaquetilla. Me distraje escuchando a un bandoneonista pronunciar un Mi Mayor, mis oídos supieron lo que eso significaba. El cuero se tensó y debí entrar en un trance que solo la intro de *Verano Porteño*, puede lograr.

Terminó la pieza al compás del último sorbo de vino del pingüino de José. Pingüinito de cerámica con el pico lila, de tanto escupir ese elixir que sabrá el propio José de donde provenía. Vino de trago ligero que deja la lengua seca y áspera. Se tomaba con hielo y en vaso de lata. Pensar de servir ese vino en un copón, era más un sacrilegio al pingüino, a José, al vaso de lata transpirado por el hielo y la humedad que desprendían esas paredes, más que al copón y a las

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



narices paradas que caían al barcito en busca de vivir por una vez como lo habían hecho antes: llorando, apoyando la frente sobre el antebrazo, sin soltar el vaso.

Un miércoles por la tarde, me mandó a llamar con el canillita de la esquina de su casa. Su barcito era el frente de su casa. Quienes tenían la suerte de que José Antonio se encariñe con uno, podían conocer lo que sucedía detrás de aquel José con delantal blanco y su sacacorchos colgando de su cintura. De su antebrazo derecho, colgaba un repasador espeso de lo poco que lo lavaba; en su mano, una libretita azul y, en la cornisa de su oreja izquierda, una lapicera Bic.

Detrás de la imagen de aquel muchacho, hijo de una tana que escapó en busca de otra cosa que no sea morir en el olvido de un pueblito a las orillas del Mediterráneo, que buscando escapar de la inmensidad finita del mar, se encontró en una ciudad infinita que eligió darle la espalda al mar. Y de un padre mitad húngaro, mitad gitano que, al no saber qué hacer con él y su vagancia, lo mandaron a deambular en el navío de los locos. Detrás de esa armadura de tabernero, manos ásperas de obrero que pasó a manejar su barcito; detrás de ese metro ochenta y pico que intimidaba con ese silencio de bienvenida, desconfiado de quienes caían antes de las doce y media porque: “son incontrolables, deambulan de mesa en mesa, buscando conversar hasta el momento de que el vaso vacío invita a la pelea. A esos, los quiero lejos porque al único que le permití hacer eso fue a mi padre, que su vida quedó anclada en un navío. A los otros, les aviso que yo también peleo”.

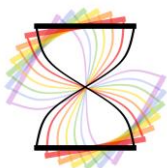
Detrás de aquello que él me relataba después de media botella de coñac, había un hogar a donde ir cuando las papas quemaban, como en aquella época.

Para ir a su casa, había que cruzar por la barra, no tenía otra puerta de entrada más que la del frente del barcito. El bar era una extensión de sí y él era como lo que se veía en el bar. Su vida era lo que sucedía en ese frente de melancólicos, milongas, piñas, tangueras de oficio y luego de profesión, como Tita Merello. Ella siempre estuvo agradecida y él le replicaba: “solamente no te olvides de mí, querida Tita. Si la suerte se comparte, el olvido y los vicios

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



también. Sos a quién le concedí parte de los frutos de una bendición maldita, la desgracia de la suerte”.

Además de ese frente que era el bar de José, estaba la casa de un amigo, la casa de un primo, la casa de un amante, un hogar que asilaba a los y las mismas que él: sobrevivientes, luchadores, exiliados, montoneros.

De política, poco sabía, decía que su padre fue encontrado instalando una bomba casera en el carro de un policía de apellido Falcón. Sabía eso de política y fue lo último que supo de su padre. Su madre soñaba con el anarquismo, la revolución que los Tiqqun prometieron y se encontró con que ni acá ni allá, los afectos de una comunidad anarquista eran bienvenidos en un mundo enfilado a la modernidad de las amas de casa, de locos y vagos encerrados, como menores escupidos por una clase que ahí no veía un niño o un adolescente como cualquier otro, veían rufianes que venían a sacarles el trabajo, a robarles sus pertenencias, a vivir de arriba, a matar a Dios, a saquear la patria y pervertir la familia.

¿En qué momento aprendió a recordar y no a pretender que la vida es un olvido más que una tómbola? Sabrá su soledad, los días de humedad y calor platense.

Tirado en su pieza donde la cama y el lavarropas estaban divididos por una estructura similar a *durlock* pero casera, allí, entre el calor y el tambor del lavarropas, la humedad y la siesta, tuvo la epifanía de que la suerte, como la desgracia lo iban a perseguir. Su necesidad de cariño y contención lo llevaban a dar lo que él no conocía, un lugar donde caer.

Así es como aprendió a recordar, conoció la política, la historia y las pasiones. Estuvieron ahí desde que su madre soñaba con tiqqunes en arrabales, brujas y rituales, hasta su padre, que ardió por eso que él llamó “la causa justa”. Eso era también lo que existía en el fondo del bar, en la casa de José. Eso que vivía como la vida que le gustaba llevar a Antonio, su padre, y a Josefina, su madre. Hacer lo que hacen las personas cuando nadie más las ve, disfrutar del goce del amor.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



Entrar a la casa era entrar en lo poco que él guardaba y en lo mucho que recordaba después de media botella de coñac. De sus cuarenta y cinco años, treinta fueron los que llevaba con media botella de coñac antes de irse a la cama. Ni más, ni menos: media botella.

El reloj marcaba las doce y treinta del domingo, antes de buscar las llaves para cerrar el barcito, se servía una medida y la bajaba de un sorbo. Cerraba las puertas de madera con vidrio espejado, ponía las sillas acostadas patas arriba sobre la mesa y regresaba a la barra a servirse otra medida. “Me estoy poniendo contento”, me sabía decir, con el mismo tono de quien pierde de mano un envideo con 33. Lo más irónico es que en verdad estaba poniéndose contento. “Es la máxima expresividad de un argentino descendiente de un húngaro gitano y una tana deprimida”, sabía decirle yo en tono de ironía. Tenía la licencia de pellizcarle el culo cuando más nadie nos veía.

Acercándose a un tocadiscos que Antonio, su padre, le regaló unas semanas antes de implantar la bomba al jefe de las Fuerzas Armadas, me dijo: “esto te va gustar” y fue ahí cuando escuche esa introducción imborrable. Un Mi Mayor que se sostiene como la humedad y el vapor que emanan los edificios. Se sostiene como esos amores que comparten el pan, el vino, el sexo y las lágrimas. Un Mi Mayor que se asienta en una vereda de concreto, en el asfalto caliente en la noche platense. Verano porteño, cualquier estación podía ser Piazzolla, cualquier callejoncito de noche podía ser de Astor, todas las calles podían ser nombradas como él porque fue quien comprendió que la nostalgia, el trabajo y la queja fueron los mejores atributos de nuestros días.

“¿Cómo podía ser que un inmigrante conociera tanto una ciudad levantada por la tracción a sangre de mano de obra barata campesina y obrera? Cómo, decime, cómo”, me decía, en tono de reclamo.

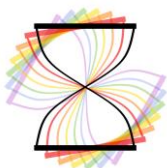
—Y vos, buen idiota, ¿de dónde te pensás que saliste? —Me salió decirle.

—Idiota, tu espíritu. Mi pregunta es tan genuina como vos paseándote en chaquetilla con 25 grados. Contestó con justa razón.

No le era de interés mi chaquetilla, ni que lo trate de idiota, le era de interés tener con quién discutir. Después de haber convivido tanto tiempo con sus pensamientos y la soledad de

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1



la siesta, fue aprendiendo que podía decir mucho más de lo que pensaba y que eso también es abrirse camino a los recuerdos. Eso y que se iba acercando a las verdades que media botella de coñac podían ofrecerle.

—¿Sabes lo que cuesta mantener viva una ciudad? —continuó—. Quienes la pasean de día y descansan por la noche no conocen lo que es mantener viva una ciudad a costas. Es más, ni siquiera la conocen, están ocupados viviendo un cuento de ciudad a las afueras de la misma y solo se asoman para ver algún espectáculo de las 11 y 6; llorar con la filarmónica interpretando al fantasma de Canterville o ahora que descubrieron que apostar por Monzón es motivo para caer en pieles de guanaco al “Ring del Poder”. Se creen con la potestad de recomendarte por dónde caminar para que “no te pase nada”. Es un insulto que quienes no conocen lo que es que te levanten y te guarden por hacer de la calle tu cama, vengan a decirte cómo dormir, cómo comer y cómo curtirse en la gran ciudad.

Para mantener viva una ciudad se necesita de todos los que no la habitan, temen, ignoran o excluyen. La ciudad, para mantenerse a flote, necesita y está enamorada de estos sin vergüenzas sin casa, prostitutas de cualquier esquina y de las dueñas de las zonas rojas. Necesita que los linyeras le besen el cuello y ella, ciudad excitada, ilumina los boulevares, la Nueve de Julio y el conurbano abarrotado de vigilantes dispuestos a gatillar.

Quienes decidimos hacer de la calle nuestro jardín y nuestra tumba, fue más por desidia que por deseo. Somos quienes hemos pernoctado hasta deambular por los mismos sitios, buscando más que vicios, patadas, y que la salida sea esto: la locura, la muerte o las tres juntas. En la calle, se ama o se muere; se cuida o se mata; se trabaja o se roba. En la calle, la gente viciosa no es como el vicioso que lo hace por ocio y después por adicción; en la calle, el vicio es indeseado. La calle es un vicio indeseable. Ahí nadie

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



te rescata con la palabra, ahí se mata hasta por amor y por supervivencia. La calle tiene hambre todo el día, más cuando comienza a caer la noche.

Yo no quería eso para mí, no quería terminar siendo la promesa de mi madre que le rezaba a San Agustín, pidiéndole que enderece mi camino. De viejo pendenciero a amante del clero hay un solo paso, el pedido de una madre desesperada que perdió en la ciudad hasta las ganas de mirar el horizonte que le ofrecía el mar.

Sin embargo, sin la calle, no hubiese aprendido a querer recordar lo que implica mantener viva una ciudad. Supongo que no es mucho, pero mi barcito es parte de ese refugio que la noche y el frío suelen quitar: el abrigo del alcohol, la caricia de una milonga y las voces dulces de añorados que perdieron más que un amor.

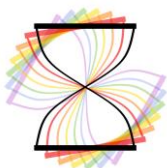
José Antonio, tiempo después, fue desaparecido. Lo sé porque en aquel papelito que me entregó el canillita —asustado y perseguido como si eso que se anunciaba como lo que después fue “el proceso de reorganización nacional”, estuviese sucediendo mucho antes de que la orquesta de redoblantes y vítores militares comience su obra cumbre—, tenía escrito: “Me buscan por ser hijo de mi padre. No me busques porque te van a buscar, no me busques porque no voy a estar en los sitios de la memoria. Me llevo la chaquetilla así tengo con qué acordarme de vos. Voy a extrañarte, amante y amigo, gracias por enseñarme a no olvidar, por favor no te olvides de mí, del verano porteño y del coñac”.

P.D.: de ahora en más, buscame en *Balada Para un Loco*.

El paso del tiempo agiganta el peso de cargar con tus memorias. Como Atlas cargando la tierra, cargo tus recuerdos. Cómo te extraño, amigo y amante José Antonio. Tus manos, tu barcito y tu hogar. Indebidamente, me pregunto: ¿por qué vos y no yo? El narcisismo de haber sido yo y no vos me hubiese ahorrado estar narrando la contradicción del disenso que se produce entre el relato de quien recuerda y de las fechas que se anuncian como parte de la historia. Ahora soy yo quien canta *Balada Para un Loco* hasta dormirse con media botella de coñac. Te sueño los 24 y recorro las calles, sin encontrar otro José Antonio, otro barcito donde se encuentre José.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1



Tuyo siempre, tu amante y amigo.

AGUSTINA CHORA

lichdemelchori@gmail.com

[@agustinachora](#)

Agustina Chora tiene 28 años, está siendo travesti. En la actualidad es profesora egresada de la Facultad de Psicología de la UNC, becaria del proyecto de investigación de la Licenciatura en Psicología de la UNC por parte de las becas C.I.N, diplomada en Derechos Humanos por el Observatorio de Derechos Humanos de la UNC y ejerce el periodismo en el medio digital *Enfant Terrible* y el medio radial *Territorio Diversidad*.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. VI – Núm. 1



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

